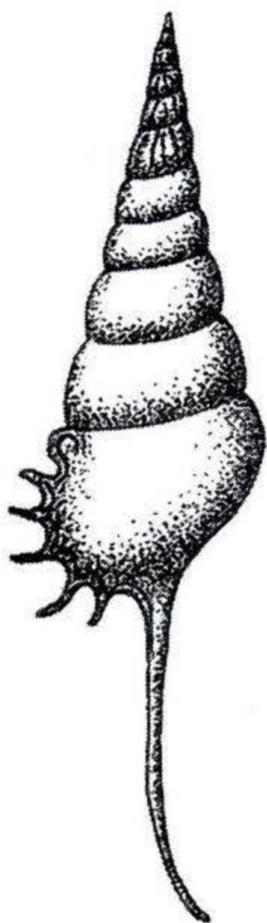


clientelismo político, el soborno, el enriquecimiento ilícito, la compra de votos, los privilegios en la administración pública, dan al autor razones para hablar de descomposición social y de *derrumbe parcial del Estado*. Agudelo no se queda en el inventario de nuestros males; para él hay culpables: "Cuando las sociedades adaptan adecuadamente sus instituciones para canalizar las tensiones que desatan tales sucesos e integran los grupos emergentes, los fenómenos de corrupción y violencia son menos agudos. En cambio, cuando la modernización no va aparejada con una efectiva institucionalización política se desencadenan energías sociales que generan corrupción y violencia, como medios ilegítimos para exigir al sistema la satisfacción de demandas aplazadas, la apertura de oportunidades e incorporación de las nuevas clases al proceso social" (pág. 123).



Finalmente, Agudelo reafirma la tesis central de su escrito en el sentido de que la revolución liberal iniciada en la década del treinta sigue trunca. Tomando lo mejor del *revolcón*, como se autodefinió el gobierno de Gaviria, en particular la reforma política, el autor enfatiza que "no basta tener una constitución que ha ampliado los espacios democráticos e institucionalizado el pluralismo. Se requiere que los parti-

dos ofrezcan a los ciudadanos opciones ideológicas y programáticas claras y con capacidad suficiente para conducir el proceso democrático" (pág. 182). Agudelo agrega que el liberalismo de finales del siglo se ha conservatizado. Empero, paradójicamente, afianza su tesis con citas de Alfonso López Michelsen, que se queja de lo mismo después de haber estado en el poder y de haber desempeñado la dirección de esa agrupación; es decir, después de haber tenido en sus manos la construcción de un partido como lo quería en las celebres épocas del MRL. Tanto López como todos los mandatarios de ese partido tendrían culpabilidad en la conversión del partido liberal en copartícipe de la desgracia de este país. Es curioso que sólo a finales del siglo Agudelo Villa se percate de hipótesis que se ventilaban cuando apenas despuntaba el Frente Nacional y que se convirtieron en verdades. Se decía entonces con toda claridad lo que pasaría con los partidos tradicionales de aprobarse la alternación. Leyendo la última parte del libro recordamos los editoriales de Gilberto Alzate Avendaño en *Diario de Colombia*, cuando se opuso a la institucionalización de los dos partidos como las únicas alternativas políticas en este país. O los escritos del mismo López Michelsen cuando se opuso a la alternación.

En el último capítulo de su libro, Agudelo Villa inserta la preocupación de toda su vida política: *el retorno al liberalismo*; así se llama uno de sus mejores textos. Sólo que adaptado a las condiciones actuales. Para él, Ernesto Samper constituye una alternativa de regreso a lo social después de la experiencia neoliberal del cuatrienio anterior. Sin embargo, las fuentes para esta trascendente aseveración son extraídas del discurso del actual presidente. Nada de cifras que nos permitan creer que, de veras, no se trata de otra versión menos agresiva pero neoliberal de todas formas. Agudelo cree ver la luz en el actual gobierno y llama a *un pacto nacional a manera de contrato social* para definir un nuevo marco político que no sea ajeno a la sustitución del modelo neoliberal de desarrollo y que esté de acuerdo con la trayectoria histórica del liberalismo colombiano. En

esto consistiría su nueva propuesta de retorno al liberalismo "para continuar la ejecución de su proyecto político inconcluso" (pág. 225).

CÉSAR AUGUSTO AYALA DIAGO
Profesor del Departamento de Historia
Universidad Nacional de Colombia

¡Eh Ave María, pues!

Diccionario folklórico antioqueño

Jaime Sierra García

Editorial Universidad de Antioquia,
Medellín, 1996, 399 págs.

Refranero antioqueño

Carlos García, César Muñoz

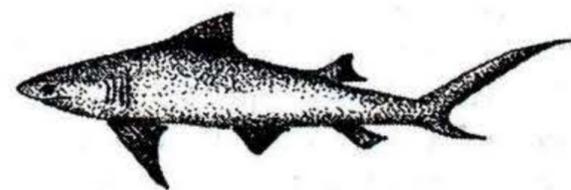
Editorial Universidad de Antioquia,
Medellín, 1996, 292 págs.

Refranes y dichos

Roberto Cadavid Misas (Argos)

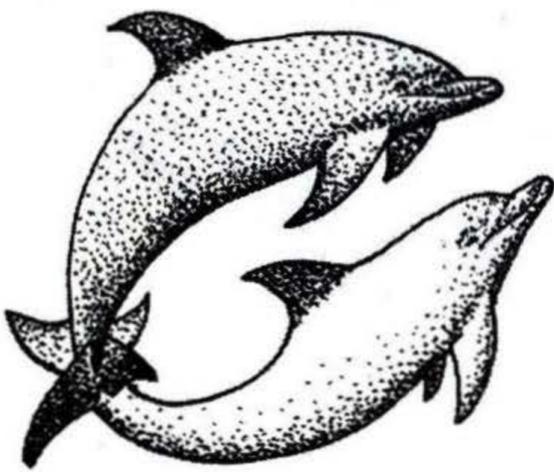
Editorial Universidad de Antioquia,
Medellín, 1996, 417 págs.

La editorial de la Universidad de Antioquia ha publicado tres desiguales trabajos sobre el habla y el folclor de esa región; *habla y folclor*, en estos casos la distinción parece necesaria. Diferentes en concepción, en presentación, en resultados, pero muy semejantes en el propósito de singularizar el acervo léxico de la cultura antioqueña, tan anclada en lo popular y tan vigorosa como expresión de una cultura específica de este país despedazado en regiones.



Son tres diccionarios: *El refranero antioqueño* es el fruto más visiblemente académico de todos; tiene origen en los estudios lexicográficos del Departamento de Lingüística y Literatura de la Universidad de Antioquia. Es el trabajo que expone con mayor claridad las motivaciones iniciales y los criterios de selección y organización de la fraseo-

logía incluida. Digamos que fue el trabajo más preocupado por orientar al lector. Según los criterios expuestos por los profesores Carlos García y César Muñoz, la fraseología reunida es la correspondiente a casi toda la historia del habla popular antioqueña de este siglo (1900-1992); y las fuentes fueron diversas: desde textos literarios, que son más valiosos como documentos que como literatura en sí, pasando por obras lexicográficas anteriores que tienen un valor parcial, hasta llegar a la información oral proveniente de 150 hablantes antioqueños.



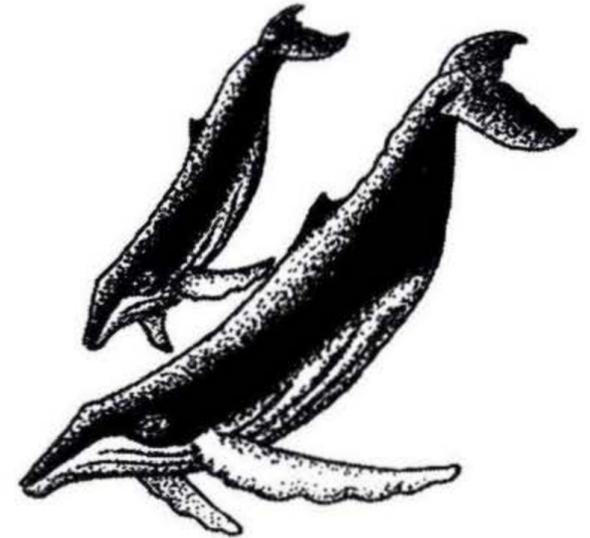
Refranes y dichos de Roberto Cada-vid Misas (*Argos*), el versátil ingeniero civil que terminó siendo un amable vigilante de los pormenores de nuestra lengua, contiene un material organizado de manera menos estricta, casi a manera de miscelánea, sin cumplir con los rigores de la disciplina lexicográfica; pero es un diccionario más variado y menos pudoroso, con el aderezo de los oportunos y alegres comentarios del autor. El trabajo está fundamentado en un estrecho contacto con la tradición oral antioqueña, y ese es tal vez el mayor mérito de este diccionario, que parece ceñirse al colorido desvergonzado de lo que Mijaíl Bajtin —el autor clásico de los estudios de cultura popular— habría llamado “la palabra festiva, libre y plenamente lúcida”. Allí, en el diccionario de *Argos*, el habla popular antioqueña está expuesta sin omisiones ni eufemismos, sabia y vulgar a la vez, con todas sus bajezas y grandezas.

El *Diccionario folklórico antioqueño*, preparado por Jaime Sierra García, goza de la presentación más ampulosa. Mayor formato, mejor cali-

dad de papel, hermoso diseño de la carátula; esta obra ya había sido editada en 1984. Sin embargo, es la obra que deja más dudas acerca del rigor de su elaboración. No vamos a cuestionar el interés permanente de Sierra García por los estudios de cultura popular, tampoco vamos a subestimar la abundancia de información que incluye el trabajo, que desborda la especificidad de los otros dos diccionarios mencionados. Pero revisado su diccionario, es notoria y lamentable la ausencia de alguna explicación sobre los criterios filológicos que nutrieron la organización del texto, la selección de vocablos, la extensión en ciertos términos, la inclusión y supresión de ciertos nombres propios. Es más: debió exponer la idea de folclor que hizo posible incluir información sobre escritores, personajes y pueblos antioqueños. El diccionario termina dejando la apariencia de un documento sumamente ecléctico y erudito —la extensa bibliografía presentada al final lo corrobora— que no parece ceñirse a un propósito en particular. La descripción de las ciudades del Gran Caldas es deplorable y parecen incluidas en el esquema del diccionario sin mucha convicción. A propósito: Sierra García olvidó, o acaso no conoce, el inventario de personajes, creencias y locuciones que distinguen la cultura popular del Viejo Caldas, que sin duda tiene sus matices. Recuerdo, precisamente, los esfuerzos algo solitarios pero significativos del profesor manizaleño Octavio Hernández Jiménez; también recuerdo los estudios de un grupo de jóvenes sobre el primer titiritero de guiñol del país, un artesano cuyo nombre era Sergio Londoño Sepúlveda y que puso en escena mucho del acervo de creencias y valores de la cultura popular antioqueña. El autor prefirió incluir innecesariamente en su diccionario folclórico semblanzas biográficas de escritores que poca o ninguna relación tuvieron o desearon tener con la cultura popular, como León de Greiff. Para tal caso, podría haber preparado un diccionario aparte de escritores.

La información que contiene el *Diccionario folklórico antioqueño* es útil, claro, será fuente para muchos menesteres relacionados con el estudio de la cultura de Antioquia. Sin embargo, el

lector no hallará una orientación inicial para la consulta. En definitiva, al diccionario de Jaime Sierra García le hizo falta un prólogo orientador sobre los criterios de recopilación, selección y organización del abundante material.

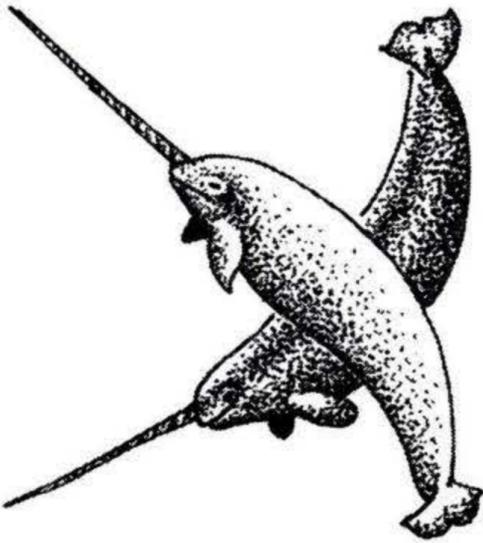


Antioquia es una cultura que ya no se sabe dónde comienza y dónde termina; por eso estos diccionarios son esfuerzos de nomenclatura muy relativos. ¿Qué vocablos pueden declararse nativamente antioqueños o criados y moldeados dentro de las fronteras dialectales de esa región? ¿No es, al fin y al cabo, la tradición popular española la que fija la gran parte del material paremiológico que compone estos diccionarios? Quizá la singularidad antioqueña reside en la propagación y revitalización continua de los significados, de las variantes expresivas que ha incluido a través de la historia al producto lingüístico de base. Aún más: el vigor de la cultura popular antioqueña consiste en que su habla invadió los terrenos de los intelectuales, y muchos de ellos terminaron siendo sus portavoces. Varios de éstos fueron notables exponentes de esa necesaria biculturalidad de los intelectuales que, gracias o a pesar de su refinamiento, pudieron entablar diálogo con el acervo cultural del pueblo común. Por eso quedan legados tan notorios en ese aspecto como la obra de Tomás Carrasquilla o las incursiones en los terrenos lingüísticos de Rafael Uribe Uribe, por citar apenas un par de casos entre muchos.

Hasta comienzos de la década del ochenta, un balance sobre los estudios sociales concentrados en Antioquia demostró que predominaban los asuntos económicos. El historiador Jaime

Jaramillo Uribe se encargó de advertir que hacían falta estudios “sobre lo que podríamos llamar la cultura popular”. Pues bien: estos diccionarios contribuyen, con sus vacíos, desvíos o excesos, a encontrarle asidero al estudio de un objeto tan difuso como es la cultura popular.

La necesidad de esos estudios no reivindica el narcisismo regional, sino la importancia de partir desde preocupaciones más concretas. Lo más dañino, por ejemplo, para los estudios historiográficos, es el afán generalizador sin partir del acumulado de estudios de realidades específicas. Tal vez haya sido el poco rigor de muchos trabajos el que desalentó los estudios regionales en cualquier aspecto, pero siguen siendo las culturas locales de este país tan diverso una de las principales vetas para la formación de nuevos investigadores.



Estos trabajos recuerdan a los estudios de las ciencias sociales prioridades que no deben olvidarse y que suelen morir en los supuestos refinamientos culturales del academicismo universitario. Con desgraciada frecuencia encuentra uno en los centros de “alta cultura” cierto desprecio por establecer lo popular y lo regional como categorías trascendentes para cualquier tipo de análisis. Parten muchos profesores universitarios de la implícita o explícita separación entre una cultura compleja y refinada de las elites y aquella incoherente y elemental cultura del pueblo que no merece un ensayo sesudo del crítico de arte o del comentarista musical o del aséptico analista de la literatura. Una clase, por ejemplo, de historia del arte colombiano contemporáneo

no se sale con frecuencia del canon impuesto por los hitos de los “grandes artistas nacionales”, aunque siempre habrá que pasar por el nacionalismo de los artistas del grupo Bachué que quisieron tener alguna noción de patria representando el “corazón de la gleba”.

Quienes somos víctimas, verdugos o reproductores inconscientes de la idea según la cual la vida cultural de la nación se concentra en Santafé de Bogotá, como si la capital colombiana fuese un centro cosmopolita y no una parroquia más de un país secularmente provinciano, debemos estimar en toda su dimensión estos aportes recientes patrocinados por la editorial de la Universidad de Antioquia.

GILBERTO LOAIZA CANO

Según monseñor Builes, al que leyera El Tiempo se lo llevaba el diablo

Manual de redacción

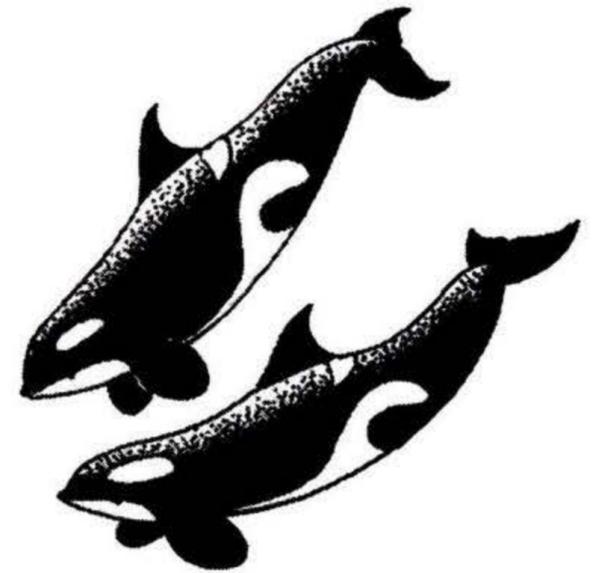
El Tiempo

Santafé de Bogotá, 1995, 278 págs.

Dado el alcance de su origen, se ocupa esta reseña de la tercera edición del *Manual de redacción* de El Tiempo de Bogotá, que con el *Manual de estilo gráfico* constituyen las principales guías para sus periodistas en el ejercicio de la profesión. El manual contiene reglamentaciones internas que una empresa privada se da a sí misma para su funcionamiento, y trasciende al público como información especializada por voluntad de sus editores. En efecto, su publicación ofrece también utilidad didáctica para otros medios, estudiantes de periodismo y demás personas interesadas en el tema.

Manuales hay para todo en todas partes, pero los manuales de redacción de los grandes diarios interesan a sus lectores no sólo por curiosidad, sino también porque contienen información actualizada y enseñanzas oportunas,

concretas y concisas sobre aspectos del lenguaje común, además de que permiten adivinar la enredada trama de un medio tan endiablado que sus directores se asombran cada día —a pesar de la técnica— de ver salir a la calle lo que en algún momento, pocas horas antes, les hacía dar puñetazos y patadas a las rotativas.



La descripción del contenido, como sería de rigor, implicaría un repaso por el índice general. En atención al lector, se ofrece una idea abreviada mediante los temas por capítulos: Los principios. Normas periodísticas. Normas sobre el idioma. Signos ortográficos y tipografía. La titulación. Las fotografías. La defensa del lector. Y nueve apéndices de consulta práctica: Consejos y advertencias. Diccionario de siglas y acrónimos. Abreviaturas. Países, capitales y gentilicios. Topónimos extranjeros y países y ciudades que han cambiado de nombre. Equivalencias de temperatura. Unidades monetarias de los países del mundo. Diccionario de palabras y frases de otros idiomas. Tablas de conversión de pesas y medidas.

Las normas contenidas en el manual resultan de la adaptación de una larga experiencia a la actualidad y a las nuevas tecnologías que con el propósito de convertir el inglés en lengua universal afectan la estructura de los demás idiomas.

El capítulo referente a los Principios es la fachada ética que las grandes empresas conservan como herencia de sus fundadores.

Las puntillosas instrucciones a sus empleados, aunque publicadas con pro-